

LA SAGRADA FAMILIA ORIGEN Y PROTOTIPO DE LA FAMILIA EN LA IGLESIA

LAURENTINO M.ª HERRAN

1. PRESUPUESTOS DOGMÁTICOS

1. Dios, en quien tiene su origen la paternidad y la familia¹, creó al hombre para que, a partir de la primera pareja humana, los hombres todos participáramos de su vida íntima: participación que al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, le da su consustancial dimensión comunitaria².

2. El Verbo, enviado del Padre para restaurar el orden originario de las cosas, se hizo hombre y tuvo un nombre humano, *en el seno de una familia*. Jesús es el complemento del matrimonio virginal de Santa María y San José: así el Verbo santificó la realidad humana de la familia³, que se funda en el matrimonio, comunidad primaria, santa de suyo y que Cristo elevará después a sacramento para que esta institución fuese santificadora como lo son los otros sacramentos de que vive la Iglesia. Con lo cual la familia, santificándose mutuamente los miembros que la componen, ayudan a los demás en la tarea de la propia santificación⁴.

3. Esta verdad dogmática explica que la Familia de Nazaret sea, no sólo el paradigma o ejemplar de toda familia cristiana, sino el origen y prototipo de toda la Familia de Dios, la nueva

1. Cfr. *Ef.* 2,15.

2. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 24.

3. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 32.

4. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 48.

humanidad regenerada en Cristo. Los años que pasó Jesús bajo la protección de San José, formando parte de la familia nazareta, forman parte del “gran misterio de su vida”, comenta Juan Pablo II. “Pertenece así a la Sagrada Familia una parte de ese misterio divino, cuyo fruto es la redención del mundo”⁵

4. Por eso, el matrimonio de San José y Santa María es un *misterio*. No ya en cuanto que sus peculiaridades irrepetibles plantean a la Teología innumerables cuestiones, sino sobre todo porque el matrimonio virginal de los padres de Jesús se complementa en la Encarnación, y en ese momento comienza a existir ya la Iglesia, como exponen los Padres y la mejor teología.

Juan Pablo II, al reflexionar sobre “los rasgos espléndidos de José de Nazaret: aquel de quien el Padre celestial quiso hacer, en la tierra, el hombre de su confianza”, afirma: “La Iglesia ha sido siempre consciente, y lo es hoy especialmente, de cuán fundamental ha sido la vocación de ese hombre: del esposo de María, de Aquél que, ante los hombres, pasaba por el padre de Jesús, y que fue, según el espíritu, una *encarnación* perfecta de la paternidad en la familia humana y al mismo tiempo divina.

“Bajo esta luz, los pensamientos y el corazón de la Iglesia, su oración y su culto, se dirigen a José de Nazaret. Bajo esta luz el apostolado y la pastoral encuentran en él un apoyo para ese amplio y simultáneamente fundamental campo que es la vocación matrimonial y de los padres, toda *la vida en familia*, llena de solicitud sencilla y servicial del marido por la mujer, del padre y la madre por los hijos —la vida en la familia—, en esa ‘Iglesia más pequeña’ sobre la cual se construye cada una de las Iglesias”⁶.

5. En efecto, la Iglesia Universal se compone de todas las iglesias locales extendidas a lo ancho del mundo, y cada iglesia local se forma, a su vez, de pequeñas comunidades de diversa índole, entre las cuales, la familia ocupa un puesto preferente, hasta el punto de que, sobre todo a partir del concilio Vaticano II, venga llamándose *iglesia doméstica*⁷.

Pues, dejando a un lado otras analogías, si la Iglesia “se reúne por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”⁸, la familia es la comunidad humana donde los miembros en su rela-

5. *Angelus en Castelgandolfo*, 30-XII-1979.

6. *Catequesis en la Audiencia General*, 19-III-1980.

7. Cfr. *Lumen Gentium*, n. 11.

8. *Lumen Gentium*, n. 4.

ción interpersonal, en la entrega de cada uno a los demás, encuentran su propia plenitud por el don sincero de sí mismos⁹. Entrega ésta, que es imagen, de las más perfectas, de ese “amor fontal” de la Trinidad Beatísima, que está en la base originaria de la Iglesia¹⁰.

De aquí que, con una razón profunda, a la Sagrada Familia se la viene llamando desde siglos *trinidad de la tierra*.

Son dos, pues, los puntos que vamos a proponer sumariamente en esta comunicación:

- ver cómo la Familia de Nazaret es el *origen y prototipo* de la gran Iglesia, la Familia de Dios, a la cual estamos llamados, formando unidad “los hijos de Dios que estaban dispersos”¹¹;
- y señalar cómo, por lo mismo, la Sagrada Familia es ejemplar de todas las virtudes que hacen que la familia sea un hogar cristiano, una *iglesia doméstica*.

2. LA SAGRADA FAMILIA, ORIGEN Y PROTOTIPO DE LA IGLESIA

A la familia de Nazaret que, en expresión de León XIII, “contenía los comienzos de la naciente Iglesia”¹², desde hace siglos se la viene llamando **TRINIDAD DE LA TIERRA**

Jesús, el hijo de esta familia, es el mismo Unigénito del Padre, que entra “en la historia de la Humanidad”¹³, haciéndose hombre en el seno de Santa María, desposada con José.

Importa subrayar el papel de San José en este misterio. Su *paternidad* ha venido recibiendo distintos apelativos, ninguno de los cuales agota la razón del misterio de su papel en la Encarnación del Verbo.

San Agustín aportó su explicación que apunta a la entraña de la misteriosa realidad de la relación José-María y Jesús-José.

Dice San Agustín:

“No por no haber *conocido* a la Madre del Señor fue José menos padre... En naciendo el Rey de todas las naciones, empezó a tenerse en honor la virginidad, y esto a partir de la Madre del Señor, merecedora de tener un hijo sin detrimento de su virgi-

9. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 24.

10. *Ad Gentes*, n. 2-5.

11. *Ad Gentes*, n. 2; *Lumen Gentium*, n. 13.

12. DENZ-SCH. 3262.

13. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 1.

nidad. Lo mismo que su enlace con José era matrimonio, y matrimonio que no afectaba a la integridad virginal de ambos, ¿por qué, en la misma línea, la castidad del esposo no habría de recibir lo que había producido la castidad de la esposa? Porque si Ella era esposa íntegra, también él era esposo íntegro, y si Ella unía la maternidad a la integridad, ¿por qué no habría de ser él padre permaneciendo intacto? Quien diga que 'no se le debe llamar padre, porque no le tuvo como los demás padres', coloca en la libidine la esencia de la paternidad y no en el afecto de la caridad".

"A san José no sólo se le debe el título de padre sino que se le debe más que a ningún otro... como fue marido virginal, así es padre virginal". Y con motivo de las genealogías, saliendo al paso de una objeción, continúa san Agustín su pensamiento: "Se le podría responder: (no eres padre) porque tú no lo engendras-te de tu propia carne. Pero os respondería: ¿Es que Ella lo engendró por obra de la carne? Lo que el Espíritu Santo obró, lo obró en favor de ambos. 'Era justo', dice el Evangelio. Justa también era su Esposa. Y el Espíritu Santo, descansando en la justicia de los dos, a ambos les dio un hijo... Sí, a ambos les dice el Angel que le impongan el nombre, con lo cual declara que uno y otro tenían autoridad de padres"¹⁴.

Pues bien, la realidad misteriosa de esta paternidad de San José, *marido verdadero* de la *verdadera Madre de Dios*, está en la base de las enseñanzas de Juan Pablo II, que sigue una línea de pensamiento constante en la Iglesia:

"El nacimiento del Niño la noche de Belén dio comienzo a la familia... La solemnidad de Navidad, y, en su contexto, la fiesta de la Sagrada Familia, nos resultan esencialmente cercanas y entrañables, precisamente porque en ellas se encuentra la dimensión fundamental de nuestra Fe, es decir, el misterio de la Encarnación, con la dimensión no menos fundamental de las vivencias del hombre..., la familia"¹⁵.

"La casa de la Sagrada Familia. Fue el primer templo, la primera iglesia, en la que la Madre de Dios irradió su luz con su Maternidad"¹⁶.

"Nace el *Redentor del hombre*. Con El nace la Humanidad nueva. Y con El nace la Iglesia... A la Iglesia, por su dimensión primordial, nacida con Cristo nacido, y recibida de El con manda-

14. *Sermo LI*, 21-30, PL 38, 344-351.

15. *Audiencia General*, 3-I-1979.

16. *Homilia en Loreto*, 8-IX-1979.

to solemne, incumbe defender la dignidad del hombre: 'de cada hombre —como he escrito en mi primera encíclica— porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este misterio' ”¹⁷.

Santo Tomás de Aquino, entre las razones que aduce para demostrar la conveniencia del matrimonio de María y José, propone ésta: “por medio de este matrimonio se nos presentaba un signo de toda la Iglesia, la cual, ‘siendo como es virgen, sin embargo está desposada con Cristo’, según afirma san Agustín en su libro “De sancta virginitate”¹⁸.

Sobre esta base teológica ofrecemos las siguientes proposiciones en orden a profundizar en el misterio de la Sagrada Familia, misterio que enlaza con la dimensión mística del matrimonio de Cristo y de la Iglesia.

Si todo matrimonio cristiano perpetúa el *signo* de la unión sponsal de Cristo con la Iglesia, el de San José y la Virgen está en la base de la realización histórica de ese misterio. Su unión matrimonial se ordenaba a que tuviera un hogar Quien luego santificaría radicalmente todo matrimonio: pues la Redención, no está sólo en el Misterio Pascual: éste supone, y es el comienzo de la Redención, la Encarnación del Verbo.

La cual tuvo lugar dentro del matrimonio de San José y María. (Es lo mismo que, a la hora de la Anunciación, los *padres de Jesús* estuvieran sólo desposados, o ya hubiesen celebrado ritualmente el matrimonio).

La Encarnación en la teología patristica (la formulación cime-
ra la encontramos en san Agustín) se presenta como un matrimonio del Verbo preexistente con la Humanidad, que, individuada le iba a prestar su Madre, y que simultáneamente englobaba a todos y cada uno de los hombres, a la Humanidad entera.

Santo Tomás recoge esta doctrina, y afirma que el *si, loco totius humanae naturae*, que como requisito le pedía el Padre de las misericordias¹⁹, lo daba María, la esposa de José.

1. De Santa María, casada con San José, nace virginalmente Jesús, Cabeza, ya desde la Encarnación, de todos los que compondrían su Cuerpo Místico. San Pío X en la encíclica *Ad diem illum*, desarrolla con fuertes expresiones realistas esta concepción,

17. *A los Cardenales y Prelados de la Curia Romana*, 22-XII-1979.

18. *Sum. Theol.*, 3, q. 29 a. 1.

19. *Lumen Gentium*, n. 56.

gestación y nacimiento del mismo seno, el de Nuestra Señora, de todo el Cuerpo Místico, Jesús en toda la plenitud mística.

Y el “padre” del que nacía era José.

Escribía san Ambrosio: “(María) bien desposada, pero virgen, es tipo de la Iglesia, que es inmaculada pero desposada. Nos concibe virginalmente del Espíritu Santo, nos da a luz sin gemidos, virginalmente. Y por eso quizás Santa María estuvo casada con uno, pero fue fecundada por otro, ya que las iglesias, todas y cada una, se llenan del Espíritu Santo y de la gracia, pero están como desposadas con el sacerdote (‘iunguntur tamen ad temporalis speciem sacerdotis’) ²⁰.

2. María, siempre virgen, fecundada por el Espíritu Santo, da a luz a Jesús, quien “al nacer, no rompe sino que consagra su virginidad” ²¹.

La Iglesia, prolongando la maternidad de María (cfr. Pablo VI, *Marialis cultus*) siempre joven y fecunda, alumbró a los hijos de Dios, hermanos de Cristo, que renacen del agua y del Espíritu, y son alimentados con la doble mesa de la Palabra y de los Sacramentos.

Pero quienes, en fuerza del “munus sanctificandi”, administran los sacramentos y distribuyen el pan de la Palabra son los *sacerdotes*, que entran por lo mismo en el misterio de la maternidad-paternidad de la Iglesia ²².

3. María, aunque santísima e inmaculada desde su Concepción, no tuvo reparos en *purificarse*, ritualmente, de una mancha que no contrajo al alumbrar al Santo de los Santos. Y en este misterio de la infancia de Jesús, quienes presentan y ofrecen al Unigénito del Padre son los *padres de Jesús*: destacadamente *el padre*, quien según el mandato del Ángel y como padre legal, impone al recién nacido el nombre *Jesús*, “quien salvará al pueblo de sus pecados” ²³.

La Iglesia, *santa y sin arruga* por la ablución de la sangre de Cristo ²⁴, lleva a sus hijos a que en el sacramento de la Penitencia se purifiquen de sus pecados, que salpican el rostro de la Madre, “jamás suficientemente perfecto, jamás suficientemente bello

20. *Expositio in Lc*, 2, 7. PL 15, 1555.

21. *Lumen Gentium*, n. 57.

22. Cfr. *Lumen Gentium*, n. 65; *Christus Dominus*, n. 16, 30; *Presbyterorum Ordinis*, 6, 16.

23. *Mt.* 1,21.

24. *Ej.* 5,27.

y luminoso hasta que responda plenamente a la primera imagen de su Autor”²⁵. Por ello la Iglesia mira hacia María, ejemplar perfecto²⁶, contemplándola gozosamente como imagen purísima de lo que la Iglesia aspira y espera llegar a ser²⁷.

4. En el ambiente familiar de Nazaret es donde Jesús, con ayuda de sus padres, fue desarrollándose en lo humano, “creciendo en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres”²⁸.

En la Iglesia, Madre de los hermanos de Jesús, María sigue ejerciendo el oficio de “engendrar y educar a los fieles con amor de madre”²⁹.

Pero no olvidemos que san José es *Patrono de la Iglesia*, “Padre y Señor”, como lo llamaba Santa Teresa y repetía constantemente Mons. Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

Y aquí se abren amplísimas perspectivas a los estudios teológicos, porque el patrocinio de san José no está en la misma línea, vamos a decir, que el de santo Tomás sobre las escuelas católicas o el de san Juan de Dios sobre la pastoral sanitaria.

El patrocinio de san José se fundamenta en la patria potestad que tuvo en orden a la educación de Jesús, y por ello se prolonga hasta donde llega la incorporación mística de los hombres con Cristo. “San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre”³⁰.

El vínculo matrimonial indisoluble es donde se apoyan los que están haciendo la teología de san José para esclarecer que el “munus” que recibió san José en la tierra, lo sigue ejerciendo en el cielo, pues “no se arrepiente Dios de los dones y la vocación que da”³¹.

Y el mismo Cristo, en y mediante su Iglesia, familia donde la Madre sigue ejerciendo su oficio materno³² al lado de san José y dentro de la comunión de los santos, continúa desarrollando su Cuerpo Místico hasta la penitencia que el Padre le ha señalado³³.

25. PABLO VI, *Ecclesiam suam*, AAS, 56 (1964) 612.

26. *Lumen Gentium*, 53, 65.

27. *Sacrosanctum Concilium*, n. 103.

28. *Lc.* 2,52.

29. *Lumen Gentium*, n. 63.

30. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, 39.

31. *Rom.* 11,29.

32. Cfr. PABLO VI, *Marialis cultus*.

33. Cfr. *Ej.* 4,13.

La Iglesia, pues, sigue viviendo en desarrollo su misterio, cuyas primicias entregó a san José, hasta la plenitud de la gloria³⁴, en una analogía perfecta, algunos de cuyos puntos hemos señalado.

Pero la *Iglesia históricamente estuvo completa*, durante la vida de Jesús en Nazaret y mientras san José vivió en esta tierra, precisamente en el ámbito familiar del hogar de Nazaret. Por donde con toda verdad podemos afirmar que la Sagrada Familia, no sólo fue el prototipo de la Iglesia futura, sino la *realidad germinal de la Iglesia naciente*.

3. LA SAGRADA FAMILIA EJEMPLAR DE LA "IGLESIA DOMÉSTICA"

"Todo cuanto podemos decir de cada familia humana, de su naturaleza, deberes, dificultades, lo podemos decir también de esta Familia Sagrada", afirma Juan Pablo II³⁵. Señalemos, pues, algunos de estos puntos de ejemplaridad.

1. En el hogar de Nazaret todo se desarrolló *en clima de perfecta virginidad*. Cristo, iniciador de un nuevo orden de cosas, debía nacer de una manera absolutamente nueva. "Nove nasci debebat novae nativitatis dedicator"³⁶.

De aquí que la Iglesia, a imitación de la Virgen María, sea *también virgen*, como lo explica el Concilio Vaticano II³⁷.

La virginidad, rectamente entendida, es un *proceso de virginización*, o si queremos, de espiritualización, que culminará en la gloria del final, cuando nuestros cuerpos resuciten a imagen del Cristo celestial.

Y aquí radica una de las más hondas razones de la *castidad*, virtud indispensable a todo cristiano, en cualquier situación en o para la que ha sido vocacionado:

La virginidad o celibato de los que entregan a Dios su corazón indiviso; la castidad perfecta de los que se preparan al matrimonio, hasta el momento en que Dios bendiga su entrega mutua y sean dos *in carne una*.

Y la *castidad conyugal*. Amor específico, que tiene sus características especiales que marcó definitivamente Pablo VI en la *Humanae vitae*, y que, normalmente, se traduce en la realidad del "creced y multiplicaos" de los orígenes. Con sus compensaciones

34. Cfr. *Oración en la solemnidad de San José*.

35. JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 3-I-1979.

36. TERTULIANO, *De carne Christi*, XVII, PL 2, 781.

37. *Lumen Gentium*, n. 63, 64.

y sus renunciadas heroicas. Recordemos la situación humana de san José, que superó con la gracia de Dios la angustia de su crisis.

2. La castidad, pues, requiere un *clima de amor auténtico*, cuya medida nos la da el mismo Cristo muriendo en la Cruz, misterio cuya luz es el matrimonio cristiano el encargado de mostrársela al mundo.

Y no es que el amor de entrega sea el fin primario del matrimonio. El fin primario es, como lo viene repitiendo insistentemente la Iglesia, la procreación y la educación de los hijos: actos de *amor responsable*, que Dios asume como colaboración para propagar la Familia Humana, en la que se inscribe la Familia de Dios.

Pero el amor, y éste sacrificado incluso hasta el heroísmo —como el de Cristo—, precede y mantiene la estabilidad de la entrega inicial que santifica el sacramento, y con la fuerza de los sacramentos se ha de mantener hasta el final.

3. Es este punto el que, aun entre los cristianos, está como embotado, porque se olvidan sus exigencias y dimensión, sobre todo en los momentos, inevitables, de las crisis matrimoniales.

De san José y la Virgen explícitamente nada nos dice san Mateo, quien constata la angustia crucial de su matrimonio. Pero hay toda una tradición que nos lo presenta poniéndose, confiadamente, en manos de Dios, con esa confianza de los *justos*, que atestiguan incontables Salmos, en donde por eso mismo son llamados bienaventurados: bienaventurada la Virgen María, bienaventurado José, el *justo*.

La Iglesia de Cristo vive y se mantiene de los sacramentos, actos de fe y de oración a Dios. Y la primera obligación de la Iglesia —nos recordaba Pablo VI en la *Marialis cultus*— es la plegaria cultural, la que se ejercita en la Liturgia, que, para ser auténtica oración, ha de ser personal, encuentro del hombre con Dios³⁸.

La GRAN IGLESIA se compone, decíamos, como en círculos concéntricos, de iglesias más reducidas. Y, entre ellos, la *iglesia doméstica*, la Familia.

“Por la oración personal, por la oración hecha en el hogar y más aún por la oración litúrgica el hombre renace cada día, a medida que va asimilando y dando vida en su conducta a los dones divinos, hasta convertirse de veras en familiar próximo, en hijo de Dios. Orar es hacer familia, edificar comunidad, entron-

38. Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 10-12.

carse saludablemente en la nueva y definitiva Alianza, sellada por Cristo en el sacramento del Amor: la Eucaristía. Os exhorto, por tanto, amadísimos hijos, a intensificar la oración en familia y la oración litúrgica..."³⁹.

De la Sagrada Familia, sabemos por los Evangelistas, que eran fieles a lo prescrito a todo piadoso israelita, tanto en lo que se refería a la convocatoria anual del Templo, como a la recitación de los salmos, que Jesús había aprendido en su casa, o también en la sinagoga.

Y en esto, ¡cómo no!, va también por delante el modelo del Hogar de Nazaret.

Nuestras relaciones para con Dios se potencian cuando dos o más nos unimos en el nombre de Jesús para dialogar con el Padre. De ahí la deducción tan lógica de la oración en familia.

"Recordemos, siquiera de pasada, que Pablo VI señalaba que, a la hora de la oración en familia, tiene un puesto relevante el rezo del Santo Rosario.

El Papa en su exhortación *Marialis cultus*, siguiendo la línea de los anteriores Pontífices, sobre todo a partir de León XIII, escribe que una de las páginas más estimulantes de esta devoción, aunque diferente de la Liturgia, de ella arranca y a ella conduce, siendo como es el desarrollo oracional del Misterio de Cristo, iniciado en la Encarnación y consumado ya, en la persona de su Madre, coronada como Reina, la que estuvo tan íntima e indisolublemente unida a la obra de la Redención de su Hijo"⁴⁰.

4. En una familia cristiana los padres son los *primeros educadores de la Fe*⁴¹.

No fue éste exactamente el caso de la Sagrada Familia.

Jesús, por su visión beatífica, no tuvo la fe, virtud teologal de los que somos viadores. Por ello sus padres no pueden llamarse educadores de la fe. Pero sí que lo fueron en lo que se refiere a la *educación humana* de Cristo, que, en este aspecto, era hombre igual a nosotros⁴².

39. JUAN PABLO II, *Mensaje a Bolivia*, 17-II-1979.

40. JUAN PABLO II, *Discurso en el Santuario de Pompeya*, 21-X-1979.

41. *Lumen Gentium*, n. 11.

42. Sobre el papel de San José a este respecto son interesantísimas las observaciones que hace J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, nn. 55-56.

Añadiríamos que no sin motivo se ha señalado la solemnidad de san José como *día del Seminario*, pues san José con la cooperación de Santa María Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, son los que en lo humano contribuyeron al desarrollo de Cristo.

Juan Pablo II insistentemente vuelve sobre el tema: el modelo que en María y José encuentran los padres y las familias cristianas.

5. Nazaret, “escuela del Evangelio”, como la llamó Pablo VI, vivió evidentemente el *espíritu de las bienaventuranzas*, que, según el concilio Vaticano II, ha de ser el móvil y objetivo del apostolado de los laicos⁴³.

Y la primera bienaventuranza es la Pobreza.

No precisamente la miseria, sino el desprendimiento en el espíritu para no verse enredado en el peligro de los bienes temporales⁴⁴. Y que, en concreto para la Familia de Nazaret fue, como para tantos hogares, la dependencia del trabajo, que su situación les imponía y que ellos aceptaban con espíritu de fe, como verdaderos “pobres del Señor”, para el sustento de cada día.

La *laboriosidad* es otra de las urgentes exigencias cristianas. Porque el hombre, antes que castigado, fue creado para el trabajo. Y a partir de José y María, y luego de Jesús, el trabajo adquirió la dimensión primitiva, elevada con Cristo al nivel de camino santificador y corredentor⁴⁵.

Todo el oficio litúrgico de la fiesta de san José artesano resume la teología del trabajo cristiano, que subraya con tanta insistencia el concilio Vaticano II, hasta el punto de afirmar que, las aparentemente vulgares tareas cotidianas del hogar, “contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios sobre la historia”⁴⁶.

Jesús, cuando comenzó su vida pública, era conocido por “el hijo del artesano”, o “el artesano”. Porque eso fue, y nada más, hasta que comenzó la tarea que el Padre le había encomendado de proclamar que había llegado el Reino de los cielos.

“Esta es la Santa Familia porque fue proclamada por el nacimiento de Aquél a quien incluso su “Adversario” se verá obligado a proclamarlo un día “Santo de Dios” (Mc 1,24). Familia santa porque la santidad en Aquél que ha nacido se ha hecho manantial de santificación singular, tanto de su Virgen-Madre como del

43. Cfr. *Apostolicam Actuositatem*, n. 4.

44. Cfr. *Lumen Gentium*, n. 42.

45. Cfr. *Lumen Gentium*, n. 41; *Gaudium et Spes*, 67.

46. *Gaudium et Spes*, n. 34.

Esposo de Esta, que como consorte legítimo venía considerado entre los hombres padre del Niño nacido en Belén durante el censo”⁴⁷.

6. Y, finalmente, formando unidad con la unión con Dios, y el cumplimiento de las tareas que a cada uno le impone su situación en el mundo, está el “trabajo” del apostolado.

Jesús, que era antes “el artesano”, en su predicación afirmaba: “Mi Padre sigue trabajando, y yo *trabajo*”⁴⁸.

Mons. Escrivá de Balaguer comenta así la ocupación normal de san José: “El Patriarca trabajaba con la conciencia de cumplir la voluntad de Dios, pensando en el bien de los suyos, Jesús y María, y teniendo presente el bien de todos los habitantes de la pequeña Nazaret... Era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida de las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas”⁴⁹.

Es el apostolado de *igual a igual* que el decreto *Apostolicam actuositatem* describe, y señala como derecho y obligación de todo cristiano⁵⁰.

“La levadura del Evangelio debe ante todo impregnar las realidades diarias y fundamentales de las relaciones familiares. De este modo y a partir de la base, hay que renovar las células de la Iglesia y de la sociedad”⁵¹.

Y el *ejemplar perfecto* de este apostolado corriente lo propone el Vaticano II: “El modelo perfecto de esta vida espiritual y apostólica es la bienaventurada Virgen María, Reina de los Apóstoles, que, mientras en la tierra llevaba una vida igual que los demás, entregada al cuidado de las labores de su familia, estaba siempre en íntima unión con su Hijo y cooperó de una manera totalmente singular a la obra del Salvador...”⁵².

47. JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 3-I-1979.

48. *Jo.* 5,17.

49. *Es Cristo que pasa*, n. 50.

50. N. 13.

51. JUAN PABLO II, *A los equipos de Nuestra Señora*, 17-IX-1979.

52. *Apostolicam Actuositatem*, n. 4.